

XIII

SEÑORES:

Hace algunos años apenas que en este país, donde las bellas artes debían ser el fruto natural de la tierra, como dice Voltaire de la Italia, el divino arte de la música contando con numerosos adoradores, no tenía ni un templo ni una escuela.

El artista, sacerdote de lo bello, colocaba al génio de la melodía entre sus penates y lo adoraba en el fondo de su hogar, haciéndolo el confidente de sus alegrías íntimas, el más-

Pronunciado por encargo de la Junta Directiva de la Sociedad Filarmónica Mexicana, y como miembro de ella, el día 8 de Enero de 1879, en el acto de distribuirse los premios á los alumnos del Conservatorio de Música.

tico protector de sus amores, y pidiéndole consuelos en sus horas de tristeza y de pesar.

Pero la música no estaba aún elevada al puesto que debía ocupar en una nación civilizada; su culto no era un culto público, faltábale un altar en que el pueblo pudiese tributarle los homenajes de su admiración, y un templo donde una familia de artistas, á semejanza de las antiguas familias sacerdotales, se educase en las máximas de lo bello y se encargara de mantener el fuego sagrado de la inspiración y de ejercer la propaganda.

La influencia civilizadora del siglo XIX, que ha arrancado de raíz tantas cosas malas en México, y que ha puesto la primera piedra de tantos monumentos grandiosos, ha hecho que este plantel se levante, ha infundido en el alma de sus fundadores la fuerza bastante para llevar á cabo la empresa, y después de algunos años de infancia vacilante y trabajosa, el Conservatorio de música se ha creado en nuestra primera ciudad. El arte tiene ya un templo que no podrán destruir ni las preocupaciones sociales, ni los trastornos de la política, porque está fundado sobre bases indestructibles: la simpatía y el patriotismo.

Pero, ¿qué objeto moral tiene una escuela semejante? ¿y por que el filósofo y el patriota se detienen en sus dinteles regocijados al escuchar el torrente de armonías que sale de su seno, y orgullosos al pasar en las glorias que promete á la patria?

Antes de resolver tal cuestión, es necesario responder á otra: ¿Qué influencia moral tiene la música en las sociedades?

Pregunta es esta que no puede resolverse de una manera absoluta, ni antes de haberse examinado, siquiera sea someramente, las diversas opiniones que desde los antiguos tiempos han dividido á los legisladores y á los sábios.

Unos han dicho que la música influye poderosamente en la civilización de un pueblo: otros han relegado con fría indiferencia el arte musical al rango inferior de las cosas que solo dan placer al hombre.

Platon en su famoso libro de la *República*, al imaginar aquella sociedad modelo, donde no debían reinar mas que las virtudes y la dicha, proscribió á los poetas que con sus concepciones seductoras dan ideas falsas de la Divinidad y afeminan el corazón del hombre.

Pero en cuanto á la música, aunque proscribía también y por igual razón, las dañosas armonías de la lira *jónica* y de la lira *lidia* que solo eran aptas para predisponer á los goces sensuales, ensalza y eleva la influencia de la lira *dórica* y de la lira *frigia*, cuyos acentos dan temple al alma para la guerra, la fortalecen en las adversidades y peligros y son las más dignas de la magestad y de la grandeza de los dioses. Y concluye diciendo « que la música es la parte principal de la educación, porque el número y la armonía, insinuándose temprano en el alma, se apoderan de ella y llevan consigo la gracia y el amor á lo bello. » La Grecia entera, como el gran filósofo, amaba la música, la elevó al rango de ciencia, encerró en ella, no solo lo que llamamos melodía, sino la poesía, la danza, la mímica y el conocimiento de todas las artes y las ciencias físicas.

La Grecia se creía deudora á la música, de su civilización; y en su simbolismo poético nunca recordaba á Cadmo para agradecerle el alfabeto, sino considerándolo unido á la fenicia *Harmonía*, cuyos cantos habían comenzado por embelesar á las tribus semi-bárbaras que habían habitado aquel rico suelo.

El pueblo helénico, esencialmente idólatra de lo bello, y que acostumbraba deificar todas las grandes ideas, se había apresurado á colocar en el Olimpo de sus dioses á Pan el de la flauta, y á Apolo el de la lira.

Y como si en efecto, hubiese estado sometido á ese yugo misterioso de la melodía que tenía para él un encanto divino, el pueblo griego conservaba como dogmas, la prodigiosas tradiciones del poder de la música.

Sus Acrópolis habían sido construidas bajo la influencia de la armonía, y Tébas al contemplar las masas graníticas de sus ciudadelas, divinizaba en la lira de Amphion el símbolo de la fuerza.

Sus tribus salvajes habían sido domadas y sus desiertos poblados merced al ritmo y á la armonía, y la poética fábula de Orfeo simbolizaba la dulzura y la persuasión.

Los habitantes de la Arcadia, antes feroces y sanguinarios, se habían tornado humanos, dulces y sociables por el poder de la música.

Los lacedemonios, divididos en sangrientas facciones, se habían reconciliado gracias á los cantos armoniosos de Terpandro, y habían triunfado de sus enemigos siempre llevando

á la cabeza de sus legiones á sus tañedores de flauta.

Los atenienses encontraban nueva fuerza en los himnos guerreros de Tirteo ó conquistaban la isla de Salamina por los cantos de Solon.

En fin, por donde quiera, en su legislacion, en su historia, en su filosofía, en los misterios de su religion, se veía siempre asociada la influencia de la música á la idea de su progreso y de sus creencias, y los griegos no creyeron que el arte divino era perjudicial ó indiferente á sus glorias, sino cuando se introdujo la afeminacion corrompiendo lo que antes era la voz de los dioses, del patriotismo y de la ciencia.

— « Has herido la magestad de la antigua música, » decian los éforos, condenando á Timoteo de Mileto el jónio, sobre las mismas tablas en que con su lira voluptuosa procuraba corromper á la juventud de Esparta.

Estas tradiciones históricas alegan en su favor los que preconizan la influencia benéfica de la música en las costumbres de un pueblo.

Los enemigos de tal opinion acusan de fa-

bulosos los prodigios que los poetas atribuyen al arte musical.

Es inútil, dicen ellos, para el progreso humano, es inútil para dulcificar las costumbres y solo sirve para entretener el ócio y para hacer llevadera con un placer mas, la amargura de la vida.

Los egipcios y los hebreos, que han sido idólatras de la música, han sido tambien los mas feroces y crueles guerreros y han manchado su historia con los rasgos sangrientos de sus venganzas.

Los primeros no salian mas inclinados á la clemencia, de los templos de Isis, bajo cuyas bóvedas resonaban las poderosas armonías de sus orquestas colosales; y los segundos jamas dominaron sus salvajes rencores, ni cuando danzaban al compás de la música, conduciendo en tabernáculos por el desierto á sus dioses Renphiam y Moloch, ni cuando habiéndolos sustituido con las tablas de la ley escuchaban las armonías de la citara y del salterio con que sus sacerdotes acompañaban en el templo los himnos del Dios de Sinaí.

Los italianos de la Edad Media, únicos que conservaban en aquellos tiempos el fuego del

arte, hacian estremecer el mundo con los cuadros de sus guerras civiles, y los pueblos modernos se degüellan al son de sus canciones y de sus himnos guerreros.

Neron cantaba acompañándose con la lira al contemplar el incendio de Roma, y Eróstrato se preparaba á destruir el templo de Diana, improvisando en sus pórticos canciones voluptuosas.

¿Es, pues, una verdad la eficacia de la música como agente de civilizacion?

Cada uno de nosotros, señores, prescindiendo de esta discusion histórica, conoce en su conciencia que el arte divino de la música, si no es por sí solo un motor de progreso, sí es evidentemente un auxiliar muy útil, un elemento de asociacion y sobre todo un consuelo y una esperanza.

Un escritor francés ha dicho con mucha justicia: « que la música dirigida por la filosofía es uno de los mas hermosos presentes del cielo y una de las mas bellas instituciones humanas; » y otro ha añadido: « que la música nos llama al placer, la filosofía á la virtud, pero por el placer y la virtud, la naturaleza nos invita á la dicha. »

En efecto, volvamos la vista á todas partes y encontraremos que la música acompaña al hombre desde la cuna hasta el sepulcro: en la cuna con el canto de la madre: en el sepulcro, con los himnos de esperanza que la religion entona á las puertas de la eternidad.

La música nos hace creer, nos hace gozar, nos hace esperar, nos hace combatir con aliento. ¿Es acaso por la influencia que ejerce la armonía en nuestros nervios? Tal vez: pero hé aquí que como agente físico sobre la naturaleza humana, ella tiene resultados morales de inmensas trascendencias en el mundo.

La religion pide á la música el poder de sus acentos para elevar el alma á Dios.

Las religiones paganas no concebían el culto sin la armonía, y jamas en sus hermosos templos de mármol y granito rodeados de espesos y perfumados bosques, dejaba de oírse el divino acento del himno sagrado, mezclándose al incienso que se quemaba en los altares y al aroma de las flores que adornaban las plantas de la deidad.

Desde los mas remotos tiempos los dioses escuchaban el *nomos* acompañado de la tosca lira de los sacerdotes pastores; y despues, en los

santos misterios que celebran los pueblos mas cultos ya, nunca en los sombríos alrededores de los templos dd Babilonia, de Ecbatana, de Chipre, de Amatonte y de Byblos, se dejaban de escuchar los dulces acentos de la citara con que las mujeres antiguas celebraban las grandes solemnidades de su culto.

El templo de Dios de Israel se alegraba con los acordes del salterio y del arpa sagrada, con que el poeta-rey y las doncellas hebreas celebraban las glorias de Jehová.

Por último, la religion de Cristo ha santificado la música.

Sobre el pesebre mismo en que nació el Nazareno, fundador del cristianismo, el génio de la armonía hizo, segun las leyendas, brotar en los aires su primer himno. *Gloria in excelsis* se oyó cantar en las nubes á los espíritus superiores, y á la dulce religion de Jesus fué de esta manera bautizada desde su origen por la poesía y por la melodía, esas dos promesas del paraíso, esos dos consuelos del alma.

Despues, los primeros cristianos celebraban sus misterios ocultos en sus ágapas perseguidas, entonando cantos al Señor, y la música

sagrada resonó bajo la bóveda de las catacumbas y en el silencio de las Tebaidas.

Gregorio Magno estableció definitivamente la música en el templo cristiano, instituyendo ese canto solemne y magestuoso que hasta hoy hace elevar el alma, resonando en nuestras basílicas, y la predispone á los pensamientos augustos de la fé y de la esperanza.

Lutero y Calvino, al separarse de la comunión católica, dieron á la música una importancia mas grande que el catolicismo, y conservando algunas melodías antiguas, crearon otras nuevas que enseñaron á sus sociedades corales, dirigidas á veces por ellos mismos, y cuyos salmos numerosísimos, entre los que merecen el primer lugar por la unción y la fé, los que compuso el padre de la nueva Iglesia, hoy se escuchan en los templos protestantes y repite el agricultor en el campo, el niño en la escuela y la mujer en el silencio del hogar.

El interes que Lutero daba á la música está expresado en las siguientes palabras, que constan en algunas cartas suyas coleccionadas por Walch y por De Wette: *La música, dice, es uno de los dones mas magníficos de Dios.*

Satan la teme, porque ella destierra muchas veces los malos pensamientos y eleva con un poder maravilloso á las almas abatidas. Despues de la teología, yo concedo á la música el primer lugar y el mas grande honor. Es necesario hacer de ella un ramo de educacion. La música nos da como un sabor anticipado de la vida eterna. Y luego, hablando del canto religioso, al que daba la preferencia, añade: *Yo querría ver la música al servicio de Aquel que la ha creado.*

Así, pues, no es de extrañar que el canto religioso haya tenido una inmensa influencia en los destinos de la Iglesia reformada. Con el canto religioso en los labios, el mártir hugonote inclinaba el cuello al hacha de los asesinos de Catalina de Médicis; y así tambien ya libre de persecuciones y grande por su poder, entonaba sus himnos de triunfo, como los cristianos de los primeros tiempos, bajo la sombra tutelar de su lábaro victorioso.

Así tambien, los primeros colonos europeos de la América del Norte al poner el pié en las playas del Nuevo Mundo, saludaron con los cantos de la fé cristiana esas vírgenes florestas, esos rios caudalosos, esas montañas colo-

sales, donde en breves años iban á fundar con sus virtudes y su libre pensamiento, uno de los imperios mas poderosos de la tierra.

De este modo, el himno religioso fué el primer vagido de ese pueblo admirable que hoy atruena el espacio con la voz de sus locomotoras, que impone al Océano el yugo de su marina y que asombra al mundo con la grandeza de su poder!

Si de los pueblos civilizados volvemos nuestras miradas al aduar del salvaje, encontraremos allí que el adorador del fetiche ó el anciano que busca á semejanza de los antiguos druidas, la soledad de las selvas para adornar en ella al Gran Espíritu creador de la naturaleza, acompaña sus plegarias con el ronco acento de sus cantos monótonos, pero expresivos y tristes.

En el México de los aztecas, donde la música se encontraba en singular atraso, ella ocupaba, sin embargo, un lugar importante en las ceremonias religiosas; y las tradiciones nos refieren que los pontífices mexicanos pasaban dias enteros cantando á sus dioses en el atrio de sus *teocaltin*.

El culto exige el himno. *La música es*

la lengua del cielo, dice el poeta italiano Mazza.

Si de la religion pasamos al patriotismo, á la guerra, por donde quiera encontraremos el canto tirteico; la música entusiasma á los pueblos con los acentos de cien *Marsellesas*. y los hace defender á la patria ó vengar las ofensas hechas al honor.

Por todas partes se reproduce el mito bíblico de la música guerrera, haciendo caer las murallas de Jericó.

¿Y en la vida íntima? En la vida íntima, la música preside á todos los misterios del corazón. La jóven canta esperando al escogido de su alma, como si quisiera prevenir el dulce lenguaje de la esperanza y de la lisonja con sus canciones virginales; la esposa arrulla á su esposo con las armonías que le inspira su ternura; la madre dulcifica el carácter del niño abriéndole con una melodía las puertas de la vida, ó identificándose con la patria, enardece el corazón del jóven con los acentos del triunfo.

En el salón, la ciencia musical traduce en notas las quejas del dolor, de la desesperación, las impresiones de la ira, los delirios del

amor y los suspiros de la melancolía. El canto es lágrima, el canto es sollozo, el canto es gemido, el canto hierre, consuela, desespera ó mata.

De allí, de la intimidad del hogar y del fondo sagrado del templo, el arte se trasladó al teatro y vino desde el coro antiguo á elevarse en el tablado moderno hasta la cúspide de la gloria. Hoy la música es una de las hijas de la gloria, y como el heroísmo, como la poesía, como las ciencias y como la escultura, la pintura y la arquitectura, tiene derecho á los laureles del triunfo y á los homenajes de la humanidad.

La música es hoy una gran ciencia, que avanza á pasos agigantados, que cada día sorprende con una nueva combinación, que cada vez se *espiritualiza* y habla mas directamente al alma, pudiendo decirse hoy con razón, lo que en otro tiempo decia Anáxilas: *Que la música como Lybia, produce cada año un nuevo mónstruo*. El mónstruo que hoy nace y que crecerá titánico en el porvenir, es lo que se llama en Europa el *mesianismo wagneriano*, la armonía que filosofa, la poesía que dejando la palabra, se apodera de la melo-

día para hacer sentir y pensar. A tal ha llegado la importancia del divino arte en nuestros días.

En cuanto al músico, al sacerdote de este culto divino, él sirve á la patria, dándole honra con su talento y con sus victorias. ¿Quién se atrevería á apartar del lado del Dante, de Miguel Angel, de Rafael, á Guido d'Arezzo, á Palestrina, á Cimarosa y á Rossini? ¿Quién se atrevería á negar la entrada del templo en que están colocados Sobieski y Federico el Grande, Goethe y Schiller y Alejandro de Humboldt, á Bach, á Mozart, á Beethoven y á Weber?

¿Y quién, señores, no ve en nuestra patria seguir los senderos de la inmortalidad que han cruzado Zaragoza y Arteaga, Ocampo y Valle, Calderon y Rodriguez Galvan, á Beristain, que ha enriquecido con sublimes armonías el cielo de Anáhuac, á Baca Ortiz que ha conmovido á la bulliciosa capital de la Francia, con los tristes acentos de su *Ave María*? ¿Y quién no ve tachonarse nuestro firmamento de gloria con esas estrellas del arte que se llaman Beristain, Ortega, Leon, Balderas, Valle, Paniagua, Meneses, Ituarte, Contreras

y todos los jóvenes maestros á quienes la fama ha aclamado ya como triunfadores, y á quienes la gloria ha consagrado ya con el óleo santo de los escogidos?

Hé aquí, señores, lo que significa la creación de este conservatorio mexicano, seminario de notabilidades que honrarán á su país, aurora brillante del porvenir artístico de México.

Y no me detendré en decir que con este plantel, la mujer, la mujer esclava de la miseria, del ocio y de la ignorancia en mi patria, encontrará la mano que la emancipe de su oscuro destino, porque eso bien lo sabeis, es una verdad incontestable. Desde el momento en que el arte y la gloria colocan una corona de laurel sobre la casta frente de una muger, la fuerza la respeta, la miseria se aleja de ella, y la virtud la protege.

Yo no tengo mas que citar un nombre para autorizar mis palabras; un nombre que ha resonado ya entre mil bravos en los teatros de Europa; un nombre que es una prueba brillante del talento de la mujer mexicana; un nombre que pronunciado en el mundo de la gloria, es una auréola para la frente de Mé-

xico; este nombre es el de *Angela Peralta*, llamada por antonomasia en el viejo continente, el *Ruiseñor mexicano*.

La mujer, cuya educacion estaba viciada aquí por las antiguas costumbres: que se formaba desde su infancia entre el fraile que la hacia temblar ante el diablo, y la esclavitud doméstica, que la encerraba en la estrechez de una vida conventual y mezquina, carecia de porvenir, carecia de ilusiones: el amor, aun el amor era para ella un yugo cuando no un abismo, un yugo con la servidumbre doméstica á que la condenaba el despotismo conyugal, un abismo con la pérdida de la virtud.

Hoy con el arte, la muger será cuando esposa, una compañera amable, instruida y laboriosa; y si no encuentra apoyo en el mundo ó rehusa los encantos de la union conyugal, encontrará en compensacion la independencia que da la gloria y el amor que inspira el talento.

El artesano tambien encuentra en esta academia una fuente de consuelos antes desconocida para él. Antes, la embriaguez era el alivio pernicioso de sus penas y de sus miserias: ahora la música le hará esperar con paciencia

en esas horas de fatiga y de trabajo que amargan la morada del pobre menestral.

Una palabra para concluir. Seria una ingratitud de mi parte, olvidar antes de bajar de la tribuna, al modesto y digno presidente de la Sociedad Dr. D. Gabino Bustamante, y al laborioso jóven Luis Muñoz Ledo su sucesor en este año.

Vosotros los alumnos del Conservatorio sabeis cuanto esta casa debe á los afanes y á la perseverancia de ambos; vosotros, artesanos agradecidos, como todos los hijos del pueblo humilde, sabeis cuanto sois deudores á su ternura, de vuestros progresos y de vuestras esperanzas.

Benedicidlos, y cuando el divino arte de la música derrame en vuestra alma el bálsamo del consuelo, en las horas de un grande pesar, recordad que á los directores y profesores que se hallan á la cabeza de esta casa, y al gobierno de la República que la protege, debeis vuestro bienestar y vuestra mejora, y entonces consagradles un recuerdo, derramad por ellos una lágrima de gratitud. Ese llanto será el agua que fecunde el árbol tierno que el arte ha plantado en la Italia del Nuevo Mundo.